

Número suelto, 10 céntimos.

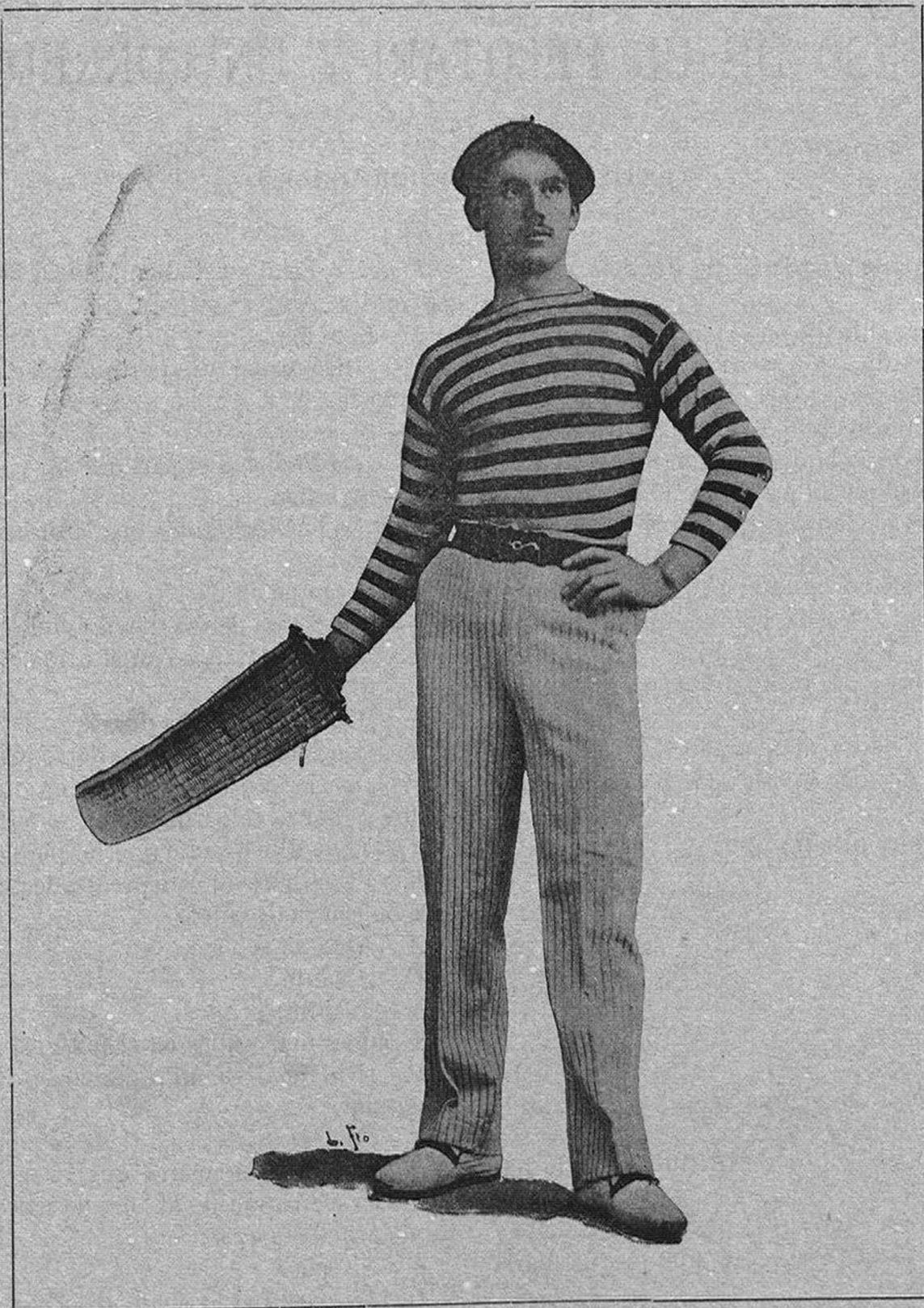


Director, B. MARIANO ANDRADE.

Año II.

Madrid, 4 de Enero de 1894.

Número 14.



SALVADOR BARRIOLA.

# NUESTRO RETRATO.

## Salvador Barriola.

Ha sido uno de los primeros delanteros.  
Pero hoy, á causa de una enfermedad que ha sufrido en el último otoño, no es ni sombra de lo que entonces era.

El invierno pasado llegó á ganar, en unión de Narparrate, á la pareja invencible (Portal y Chiquito) en Bilbao.

El mes de Agosto último le vi en el frontón de Deusto, juntamente con Pedrós, alcanzar 42 tantos luchando contra la dicha pareja invencible.

Su bolea es formidable.

El saque, el mejor que se ha visto; pues el de Portal, en mi opinión, no le iguala.

Para levantar á punta, y aun castigar la pelota de pared, no tiene rival.

Carece de revés.

Su defecto principal es su carácter, excesivamente apático.

P. SARALEGUI.

# PROCESO DE UN PELOTARI Y UN CORREDOR.

(EXTRACTO DEL JUICIO ORAL.)

La afluencia de gente al Palacio de Justicia era inmensa.

El público se arremolinaba en las puertas de entrada de la sala y los guardias y ujieres á duras penas podían mantener el orden.

Cuando la impaciencia llegaba á su colmo, oyóse la sonora voz del portero de sala que dijo en tono solemne:  
«¡Audiencia pública!»

La muchedumbre abalanzóse en tropel, y pronto se llenó el local de bote en bote.

Todas las miradas se dirigieron al banquillo de los acusados, donde, con humilde continente, se hallaban sentados el pelotari X. y el corredor Z.

Agitó el Presidente la campanilla, y comenzó el juicio.

*Presidente* (dirigiéndose al acusado X).—¿Promete usted decir verdad en todo lo que se le preguntare?

X.—Sí, señor.

P.—¿Cómo se llama usted?

X.—X.....

P.—¿Cuántos años tiene?

X.—Veinte años.

P.—¿Qué estado?

X.—Soltero.

P.—¿Profesión?

X.—Pelotari.

P.—¿Ha sido procesado alguna vez?

X.—No, señor.

P.—¿Se declara usted autor del delito que se le imputa?

(Á esta pregunta no contestó el procesado; azorado y perplejo dirigía su vista vagamente, aunque sin fijarla en ningún objeto.)

P.—El Sr. Fiscal puede preguntar al acusado.

*Fiscal*.—¿Estaba usted en Madrid la tarde del día.... del mes de Abril?

X.—Sí, señor.

F.—¿Jugó usted un partido en dicha tarde en el frontón de....?

X.—Sí, señor.

F.—¿Perdió usted el partido?

X.—Sí, señor.

F.—¿En cuántos tantos quedaron usted y su compañero?

X.—Creo que en 35.

F.—La víspera de ese día, á eso de las diez de la noche, se encontraba usted en el café de....

X.—Sí, señor.

F.—¿Con quién estaba usted?

X.—Con éste. (Señalando al otro procesado.)

F.—¿Es cierto que allí convinieron ustedes en hacer lo que se llama vulgarmente un *tongo*?

X.—Yo le dije que no quería, pero él me hizo.....

F.—¿Dió dinero al otro procesado para que lo atravesase en contra de usted?

X.—Algo, sí, señor.

F.—¿Cuánto?

X.—Tres mil pesetas.

(Grandes murmullos en el público.)

F.—(Dirigiéndose al Presidente.)—No tengo más que preguntar.

P.—La defensa de X. ... tiene la palabra.

*Defensor* 1.º—¿Es cierto que el procesado que se sienta en ese banquillo al lado de usted fué el que propuso á usted el *tongo*?

X.—Sí, señor.

D. 1.º—¿Qué fué lo que le dijo?

X.—Pues me dijo que por un *tongo* más ó menos no

importaba, que otros también hacían y que no sabría nadie.

D. 1.º—No tengo más que preguntar. (Dirigiéndose á la presidencia.)

P.—La defensa de Z.... tiene la palabra.

Defensor 2.º—¿Por qué aceptó usted las proposiciones de mi defendido si no las creía honestas?

X.—Porque me dijo muchas veces....

D. 2.º—¿Cuántas?

X.—Dos ó tres.

D. 2.º—No tengo más que preguntar.

P.—Levántese el otro procesado. (Después de dirigirle las preguntas reglamentarias, concede la palabra al Ministerio fiscal)

F.—¿Era usted corredor del frontón M.... el día.... de Abril?

Z.—Sí, señor.

F.—¿Es cierto que la víspera del día de autos instó usted al X. para cometer el delito que se le imputa?

Z.—No, señor.

F.—¿No acaba de oír el procesado la declaración de su compañero?

Z.—No es verdad.

(Murmullos de desagrado en el público.)

F.—¿No le dió á usted el X. tres mil pesetas para jugarlas en contra suya?

Z.—No, señor.

F.—¿Y usted no jugó en contra del procesado?

Z.—Muy poca cosa....

F.—¿Cuánto?

Z.—Unas mil pesetas.

(Murmullos continuados en el público, el Presidente agita la campanilla.)

F.—¿Tiene usted costumbre de jugar en todos los partidos cantidades tan respetables?

Z.—En todos no, señor.

F.—Pues ¿en cuáles?

Z.—En los que veo claros.

F.—¿Y este partido le vió usted claro?

Z.—Sí, señor.

F.—(No tengo más que preguntar)

P.—La defensa de Z. tiene la palabra.

D. 2.º—¿Cuánto tiempo lleva usted de corredor en el frontón....?

Z.—Desde que se abrió.

D. 2.º—¿Ha tenido algún disgusto por motivo parecido al presente?

Z.—No, señor.

D. 2.º—Ha dicho usted, contestando al señor Fiscal, que algunas veces y en algunos partidos jugaba usted grandes cantidades, ¿podrá citar algún partido en que, en efecto, haya atravesado respetable cantidad?

Z.—Sí, señor, en el de A. y B. contra C. D.

D. 2.º—(No tengo más preguntas que hacer.)

P.—¿El otro defensor?

D. 1.º—Nada, señor Presidente....

P.—Comparezca el testigo primero. (Aparece en estrados)

P.—¿Jura usted por Dios decir verdad en lo que se le preguntase?

Testigo 1.º—Sí, señor.

P.—¿Cómo se llama usted?

T. 1.º—.....

P.—¿Cuántos años tiene?

T. 1.º—Treinta y cinco.

P.—¿Estado?

T. 1.º—Casado.

P.—¿Profesión?

T. 1.º—Carnicero.

P.—¿Es usted pariente, amigo ó enemigo de alguno ó de los dos procesados?

T. 1.º—Sólo conocido.

P.—¿De qué les conoce usted?

T. 1.º—De verles en el café y en el frontón.

P.—¿En qué café?

T. 1.º—En....

P.—Conteste usted á las preguntas del señor Fiscal.

F.—¿Se encontraba usted la noche de.... en el café?....

T. 1.º—Sí, señor.

F.—¿Estaba usted cerca de los procesados?

T. 1.º—Sí, señor; en la mesa de al lado.

F.—¿Y qué les oyó usted?

T. 1.º—Pues hablaban muy bajito; pero noté que el señor (señalando al corredor) le dijo una vez: no seas tonto, que no lo sabrá nadie, y que el otro pareció conformarse con aquello que le decía; por el pronto no oí más, pero luego que bebieron algunas copas, parece que estaban más alegres, y creo que le oí al corredor: tonto, por un tongo más ó menos. Yo empecé á pensar y observé que al día siguiente jugaba éste (señalando al pelotari), y fui á ver un amigo que también va á los partidos y se lo dije, y él me dijo que no me fiara, pero yo como oí aquello me colé (risas) con más dinero que otros días á favor de los azules, que eran los que iban contra este señor.

F.—Por supuesto, ¿ganó usted?

T. 1.º—Sí, señor.

(El Fiscal renuncia á más preguntas.)

P.—La defensa de X. tiene la palabra.

D. 1.º—¿Cree usted que aquel partido debió ganarle el procesado?

T. 1.º—El momio salió por él.

D. 1.º—¿Pero no se equivocan muchísimas veces los que dan el momio?

T. 1.º—Sí, señor, algunas.

(El defensor de Z. tiene la palabra.)

D. 2.º—¿No pudieran referirse las palabras *no seas tonto, por una vez no lo sabrá nadie*, á otra cosa que no fuera á realizar el *tongo*?

T. 1.º—Puede ser; pero yo creí que se refería á eso....

D. 2.º—¿Tenía usted algún mal antecedente del corredor?

T. 1.º—No, señor.

D. 2.º—Pues entorces, ¿por qué creyó usted que las palabras pronunciadas por mi defendido se referían á eso?

(El Presidente agita la campanilla y advierte al letrado que el testigo ha contestado que creyó se refería al *tongo*, y esto basta. Con este motivo se suscita un vivo incidente entre la Presidencia y el letrado.)

Las defensas no tienen que hacer más preguntas, y comparece el segundo testigo, que, después de contestar á las ordinarias de la ley, fué preguntado por el Fiscal y las defensas en la siguiente forma:

F.—Ha dicho usted, contestando á una pregunta del Sr. Presidente, que es usted camarero del café....

¿Lo era usted el día..... del mes de Abril del año pasado?

T. 2.º—Sí, señor.

F.—¿Sirvió usted el café y varias copas á los procesados?

T. 2.º—Sí, señor.

F.—¿Oyó usted algo de la conversación que ambos mantuvieron?

T. 2.º—Sólo oí algunas palabras.

F.—¿Qué oyó usted?

T.—Pues oí que hablaban bajo. (Risas.)

F.—¿Pero no oyó usted alguna frase, palabra.....?

T. 2.º—Sólo oí decir á este señor (señalando al corredor), que por un *tongo* más ó menos.....

F.—¿Usted sabe lo que es eso de *tongo*?

T. 2.º—No, señor.

F.—¿Pero está seguro el testigo de haberlo oído?

T. 2.º—Sí, señor.

F.—¿Y qué le contestó el otro procesado?

T. 2.º—Hizo un movimiento de hombros.....

F.—¿Asintiendo á lo que decía?

T. 2.º—Sí, señor,

(El Fiscal renuncia á más preguntas.)

(El defensor de X. tiene la palabra.)

D. 1.º—Ese gesto que dice usted hizo mi defendido ¿por qué creyó usted que era señal de asentimiento?

T. 2.º—Porque me lo pareció.

D. 1.º—¿Qué gesto fué? ¿Puede imitarlo el testigo?

T. 2.º—Fué así (haciendo un movimiento de hombros).

La defensa de Z.:

D. 2.º—Si usted no sabía lo que significaba la palabra *tongo*, ¿cómo es que aquí la repite.....

(El Presidente interrumpe al letrado, y se suscita otro vivísimo incidente. El letrado renuncia á hacer preguntas, pidiendo conste en el acta la calificación de capciosa que el Presidente ha dado á la que dirigió al testigo.)

Presidente.—Ha terminado la prueba testifical. La documental se reservará la Sala examinarla. El Ministerio fiscal y las defensas ¿sostienen sus conclusiones?

Fiscal.—Sí, señor, por mi parte.

Defensores.—También por la nuestra.

(El Fiscal tiene la palabra.)

Señores de la Sala: Una de las bases primordiales en que el legislador se funda al calificar los delitos contra la propiedad, es en los perjuicios que éstos causan á terceras personas, y bajo este aspecto, señores, ninguno más grave se puede presentar á nuestra consideración que el que hoy desgraciadamente nos reúne en esta Sala.

Sólo una conciencia torcida, sin remordimientos de ningún género, estéril en el fruto del bien, puede asentir descaradamente á los propósitos de un corrompido entendimiento que propone tales monstruosidades.

Deteneos un momento á considerar los disgustos, las desazones, las riñas, la pobreza, el hambre y aun el suicidio que acaso se haya realizado á consecuencia de este delito, y que si no se ha llevado á cabo no ha sido seguramente porque los procesados no hayan puesto los medios. (Murmillos de aprobación en el público.)

Sí, señores de la Sala, este hecho clama al cielo, es de los que deberían tener en el Código un castigo ejemplarísimo, y por eso vengo hoy á pedir para los miserables que se sientan en ese banquillo el máximo de la pena señalada.

Pero concretemos los hechos: El procesado Z., ambicioso y pervertido, no contento con el subido corretaje que por sus servicios percibe en el frontón, sin más trabajo que vocear las traviesas, propone el delito que acepta el X., procesado que percibe por cada partido que juega una gran cantidad; yo comprendo que el pobre, el desvalido, el que no tiene un pedazo de pan que llevar á la boca de sus hijos, tome lo ajeno para satisfacer sus apremiantes necesidades, pero no comprendo que unos hombres, que todas aquéllas las tienen cubiertas en demasía, se rebajen hasta cometer el más vil, el más infame de los delitos.

La proposición es escuchada por dos personas. ¡Qué cierto es que la Providencia vela los actos buenos y malos de nuestra vida! Y esas mismas personas las habéis oído aquí explicar, señores de la Sala, todo lo que oyeron á los procesados.

No cabe, pues, dudar, el delito existe; el pelotari se comprometió á perder el partido y el corredor acaparó todas las apuestas que pudo en contra de su co-reo.

Son, pues, los procesados culpables del delito de estafa, penado en el párrafo 8.º del art. 548 del Código penal, y en su consecuencia, y en concordancia con el art. 547 del mismo Código, deben ser castigados los procesados con la pena de cuatro años y dos meses de presidio correccional, accesorias y costas.

(Los defensores cumplieron su cometido como pudieron; pero en el ánimo de los jueces no influyeron sus argumentos, pues éstos condenaron á los procesados á la pena solicitada por el Sr. Fiscal.)

B. MARIANO ANDRADE.

## CRÓNICA SEMANAL.

### EUSKAL-JAI.

Poco interés ofrece hoy esta sección, pues apenas se ha jugado un partido de primera durante las presentes Pascuas, á causa de hallarse comiendo el turrón en sus

casas la mayoría de los pelotaris. Sin embargo, el viernes, 29, jugóse en Euskal-Jai un buen partido entre Elicegui y Echeveste (la pareja de ahora) contra Cosme y Muchacho.

Cambióse varias veces el dinero, y esto prueba que fué competida la lucha; pero los enormes reveses del *grande* de Rentería dominaron por fin la situación, gracias también á que Cosme no se halla todavía en la plenitud de sus fuerzas.

Echeveste ayudó mucho á su compañero, y desde hace una temporada ha ganado mucho en fuerza y en agilidad.

Muchacho hizo todo lo que pudo, que es bastante. Quedó con su compañero en 46 tantos, argumento poderoso para demostrar que fué la lucha muy competida.

Cosme hizo dos cortadas admirables.

#### Día 30.

Gogorza y Zurdo de Villabona, contra Hilario y Emilio Garro. Después de haber bajado en el transcurso del partido el dinero en la proporción de 40 á 12 á favor de estos últimos, ganaron el partido los primeros.

Las emociones fueron grandes. La cátedra, descalabrada.

#### Día 31.

El partido anunciado era Ibaceta y Emilio Garro, contra Berastegui, Bachiller y Gogorza; pero cuando el tanteador apuntaba 8 á los primeros por 14 á los segundos, Berastegui dió á Ibaceta un pelotazo en el brazo derecho y se suspendió la lucha por prescripción facultativa. En su lugar se jugó un partido reñidísimo y que agradó al numeroso público que llenaba el frontón: Emilio Garro y Berastegui (colorados), contra Bachiller y Gogorza (azules).

El dinero se cotizaba en la proporción de 20 á 15 á favor de los primeros antes de comenzar el partido y aun en los primeros tantos; pero luego se cambió, en vista de una pequeña ventaja que sacaron los azules, para al fin ponerse otra vez por los colorados, no sin que estuviese á punto otra vez de cambiarse por los azules. Estos quedaron en 46.

Lucharon heroicamente los cuatro muchachos. Los colorados creían ya suya la victoria cuando el tanteador les apuntaba 40, por 30 á sus contrarios; pero un arranque de Gogorza (el discípulo de Beloqui) hizo que se apuntaran 43 por 46, y esta diferencia tan escasa era para asustar á cualquiera después de la racha de el de Villabona, sin querer decir que los colorados se sobrecogiesen, antes al contrario, terminaron la lucha con mucho aplomo y frescura.

Bachiller ganó algunas cortadas al rincón muy bien medidas; en la zaga estuvo casi toda la tarde dominado por Berastegui, que, como siempre, aseguró mucho y pegó bastante. Es un bonito jugador, muy igual y muy elegante. Gogorza es una fiera cuando asegura, pero todavía pifia bastante.

Garro (Emilio) cumplió sin sobresalir.

#### Día 1.º

¡Oh cátedra *infalible*, que tantas veces te equivocas! ¿Por qué ofreciste al principio del partido el dinero casi doble á sencillo por los hermanos Garro (azules), contra Berastegui y Gogorza (colorados), siendo así que no era ni con mucho el partido tan *robado*? ¿No sabes que Gogorza es un titán en los primeros cuadros, que

hace polvo la pelota cuando la engancha entregada? ¿No has visto jugar al de Berastegui, siempre seguro, siempre fresco y siempre afanoso? ¿Hasta cuándo van á durar tus locuras?

Salieron por delante los favoritos, sacando á sus contrarios una ventaja de 11 tantos, pues el tanteador llegó á marcar 17 azules por 6 colorados; el dinero bajó considerablemente, 40 á 4, 20 á 2, 100 á 10, y todos los *sabios* esperaban un completo triunfo para sus favoritos. Pero no contaban con la huésped, en figura de Gogorza, que asegurándose y rematando tantos á diestro y siniestro, igualó, muy bien secundado por su compañero, en el tanto 26, que le valió muchos duros y muchos cigarros por una magistral cortada al rincón. El pánico fué indescriptible; todo el mundo se cubría como Dios le daba á entender, y el ir y venir de los corredores, juntamente con las voces lastimeras de los catedráticos, daban al frontón un aspecto interesantísimo. Igualáronse nuevamente á 27, 31, 33, 36, 37 y una porción de veces más que no recuerdo, hasta llegar al tanto 49, en que también se igualaron, ganando el partido los azules por casualidad y porque Gogorza, por atracarse de pelota, marió una cortada.

Todos los jugadores estuvieron muy bien, sobresaliendo Berastegui siempre, y Gogorza á ratos.

#### FRONTÓN BARCELONÉS.

#### Día 21.

Chapasta y Salsamendi (azules), contra Mondragón y Ochandiano (colorados).

La cátedra dió, al principio del partido, momio por los azules en la proporción de 20 á 12. Se igualaron en el tanto 3, y de aquí en adelante sacaron ventaja los azules hasta los tantos 37, 39 y 41, en que se igualaron; pero al fin ganaron los favoritos, dejando á sus contrarios en 46.

#### Día 24.

Jugaron Juanito Brau y Francés, contra Chapasta y Chitivar.

Ganaron los primeros, después de haber salido el dinero por los segundos. Tenían éstos 41, y 32 aquéllos, cuando una racha formidable de suerte les hizo igualar á 43, y ganar, como he dicho, dejando á sus contrarios en 47.

Chitivar no estuvo tan bien como otras veces. Chapasta, regular, y haciendo muchas faltas de saque por exceso de codicia.

Brau y Francés, bien.

#### Día 25.

El simpático Ekena concertó el siguiente partido: Chapasta y Salsamendi, contra Mondragón y Ochandiano, repetición del jugado el día 21.

Este día ganaron éstos últimos, sobresaliendo Ochandiano, que jugó admirablemente. Mondragón también estuvo afortunado. Quedaron los perdidosos en 45.

#### Día 26.

El Manco y Francés (la parejita de Fiesta-Alegre) ganaron como quisieron á Juanito Brau y Salsamendi. El Manco fué el héroe del partido.

X.

## UN PARTIDO DE PELOTA.

Se anunciaba para el domingo, si el tiempo no lo impedía, un gran partido de pelota, extraordinario y fuera de abono, en el frontón de Abando, partido en que atravesaban los jugadores 5 000 pesetas, entre Indalecio Sarasqueta (*Chiquito de Éibar*), y Vicente Elicegui, de Rentería, contra Francisco Alberdi (*Baltasar*) y Juan José Eceiza (*Mardura*), los dos últimos de Azpeitia. Fijaban luego las condiciones del partido á *blé*, á habilidad libre, á 50 tantos y á sacar todos de los cuatro cuadros con 12 pelotas finas, de 118 á 120 gramos, elaboradas por D. Modesto Sáinz, de Pamplona. Todo así, detalladito, y luego el cartelón seguía fijando los precios desde 10 hasta 3 reales, y otras menudencias.

Se habían avistado ya el Chiquito y Mardura; habían elegido las 12 pelotas, y éstas, selladas, fueron remitidas en saco, también sellado y lacrado. No es la cosa para menos.

¡Al fin! ¡Ya era hora! Llegó el día, al cabo, radiante de esplendores. Palpitaba el aire bajo un cielo de zafiro bruñido que reverberaba al sol, y la luz caía á chorros. ¡Vaya un calor! llovía fuego derretido. Son aquí estos días como garbanzos de libra; don de la Providencia. Fué ansiado con más ahinco que el de la boda por los novios, más que las Pascuas durante los ayunos. En todos los rinconcillos de Vizcaya se le esperaba como al santo advenimiento; al acostarse repetían muchos la misma canción, contaban con los dedos.....: «hoy, jueves, 22; mañana, viernes, 23; pasado, sábado, 24; el otro....., ¡dos días faltan!» Soñaban con airosos reveses y boleas vigorosas, revolviéndose de gusto en la cama, haciéndose boca. Desde Cádiz vino uno, sólo por verlo. Estaban ya pedidos los billetes, los revendedores hicieron su Agosto. ¡Qué partido!

Aquel gran día arrastró el ferrocarril de Durango á cientos de hombres de todos los pueblecitos del interior, médicos y curas en mayoría. En todas las caras el regocijo anhelante de los niños el día del santo patrono del colegio, día de asueto. Desde la mañanita temprano bordeaban de la ceca á la meca por las calles de la villa diferentes grupos. «¡Eh, José! ¿Kaisó, Chomin, emendi? El otro, sonriendo como resignado y alzando los hombros: «¡Partidubé ikusterá!» «¡Ola, Pachi, gá lo mismo, eh?» «¡Á lo mismo!» Se restregaban las manos murmurando «¡qué partido!»; se citaban para la tarde. «¡Si está aquí medio Munguía!.....» decía uno; «¡Todo Bermeo!», otro; y un tercero: «¡Ha quedado libre Durango!» «¿Has visto al alcalde?» «¿Dónde para el secretario?» Preguntas, exclamaciones, manotadas en las espaldas, apretones de manos, frases plagadas de acentos, recargadas de alma las palabras, castellano, semicastellano, vascuence en sus diferentes tonos y matices, el schischeo del interior, algún que otro *yiyá* de guipuzcoano de *beterrí*, el canturreo de la costa. *La Prusiana* parecía una colmena en primavera, gentes que entraban mientras salían otras, yentes y vinientes, andantes y parados, rumor de tenedores y cucharas, retintín de copas timbradas, susurros y palmadas; un gran día, sin duda.

Después de devorar, cuya hora adelantaron muchos, era de ver el boulevard delante del Suizo, allí, bajo el toldo; aquello parecía un hormiguero. ¡Qué enjambre tan zumbón! «¡Diez duros por Azpeitia!» «¡Veinte, cuarenta!» Los que ponían poco lo anunciaban muy alto; los jugadores gordos cerraban sus apuestas en voz baja, sin ostentación ni bullanga, como se cierran los grandes negocios «¿Cómo anda el papel?» «¿Qué agio se da?» «¿Hay momio?» «¡Está á la par!» «¡Cincuenta á cuarenta por Elicegui!» «¡Hum, hum!» ¡Parecía una Bolsa de contratación en días de crisis ministerial!

Alrededor de una mesa, un corrillo de muchachos que ponían pescuezo largo y se alzaban sobre los pies para verles; les devoraban con los ojos, les contemplaban con la boca abierta, hurgándose la nariz alguno. ¡Oh, los jugadores! Estaban rodeados de sus cortesanos. Una cara correosa, seria y lánguida, ojos caídos, frente arrugada, cráneo largo, fisonomía de viejo en cuerpo joven, una cabeza delgada y fina sobre unas espaldas anchas y sólidas. Junto á él, un rostro agudo acabado en nariz, unos ojillos que parpadeaban vivamente en una cabeza clavada al tronco. Luego la gente se removi6 hacia otra parte, llegaba un moreno airoso, de tez bronceada, con fino bigote, eterna sonrisa, andar ligero y suelto, algo como la marcha de un gato montés, cuerpo hecho á torno, elegante, típico ejemplar de nuestra raza vasca. Dieron las cuatro, empezó el traqueteo de los coches, los tranvías eran tomados por asalto, iban como racimos de hombres.

\*  
\*  
\*

Un edificio extenso y chato, guarnecido de grandes ventanas á todo su largo y escudos de armas sobre ellas, rematado por una balaustrada. Abajo tiendas de comestibles y bebidas. A continuación de él otro elegante edificio de tres cuerpos, la escuela. En la taquilla una avalancha de gente que empujaban y alargaban los brazos peleándose por coger billete. Por dentro, el juego espacioso, del cual rebasaba el aire pesado y espeso del Sudeste, sofocante, aire que vivía y se agitaba á todo lo largo y todo lo ancho. La cancha reluciente, caldeada, emanaba bocanadas de calor, un aliento de piedra que hervía; las paredes descarnadas se alzan rectas, planas y desnudas como tapias de presidio. La gradería sube en declive, abajo filas de sillas, algo todo ello como un circo romano modernizado con las líneas rectas de un monumento egipcio, y por encima de las paredes las recortadas montañas verdes pegadas al cielo azul. El viento riza las banderolas.

La gente, vomitada de los atestados tranvías, va entrando. El pueblo empieza á acostarse en la gradería con murmullos de impaciencia. Una masa gris, abigarrada y compacta, palpitante como un montón de gusanos, puntos rojos, azules y marrones aquí y allí; á trechos manchas negras, grupos de curas que van al espectáculo. Uno con su papelito y su lápiz se prepara á tomar notas. Abajo algunas señoras, con sombrero casi todas.

Por entre la gente que ocupa la cancha se adelanta, abriéndose paso, un mocetón alto, fornido, blanco y graso, pelo ensortijado, cara de angelón de retablo. La camisa blanca, matizada de variadísimas sombras por pliegues riquísimos, boina azul, cinturón rojo, pantalones blancos y anchos, y alpargatas también blancas. En el brazo derecho la *chistera*, sacudiéndola para probar si está sujeta. Empiezan á pelotear para entrar en calor, á templar las cuerdas, es como el mosconeo que precede á la ejecución en las orquestas.

«¡Ya está aquí Baltasar!» Unos se levantan y otros se sientan impacientes, ensayando posturas, tosiendo, remangándose los calzones, empujando á los de delante, se moldean al asiento, buscan sitio á los pies, alguno limpia los lentes, todos comentan, hablan y gesticulan, y en todas las caras la inmovilidad inquieta de quien espera una primera cita. A las cinco menos minutos empiezan los aplausos de impaciencia, las voces de ¡fuera!, ¡á sentarse!, el hormigueo de la gente de sillas que se retira; sombrillas que se cierran. ¡Vamos á ver!

Un duro forma espejuelos en el aire y cae entre los jugadores con agudo retintín; han echado á cara y cruz el saque; Baltasar se dirige á la mesa, allí delante, en sus sillas, los abogados del juego, dos junto al escás de saque, junto al de pase otros dos, en medio el juez de plaza. El jugador toma la pelota, la palpa y bota, dándosela luego al contrario, quien, examinada y botada, se la devuelve. ¡Al fin! Toses, expectación. Está libre la cancha, se oye un susurro humano, como rumor de fiera en acecho, de tempestad lejana que viene; va á sacar Baltasar. Mira á los otros, ellos el cuerpo hacia delante; la cesta caída, el Chiquito, encorvado, delante á la bolea; el Renteriano detrás al bote, todo ojos, esperan. ¡Se arranca!... «¡Ia, Pachico! ¡Aup! ¡Sale... bolea! ¡Bravo, Chiquito!»

Así principió la brega, que fué aquel día dura, durísima. Un moscón cursi de tendido no se saciaba de repetir que *rayaban los jugadores á grande altura*. Era frase de fiesta y no se le atragantaba jamás.

Los primeros tantos no hacían fermentar al pueblo, todavía no llegaba el entusiasmo á punto de horno. El sol achicharraba. Se respiraban dos bandos parcialísimos, los unos sólo aplaudían á los de Azpeitia, á los otros dos los otros, y no tan sólo el remate ingenioso ó rápido de algún tanto, sino también las pifias del con-

trario. Allí tirios y troyanos, rojos y blancos, ñacinos y gamboinos, la cuestión eterna y eternamente renovada, levadura humana, el perejil de todas salsas y sal de todo puchero. ¡Qué clamoreo se levantó cuando, agrupándose los jueces, de pie, con las boinas en la mano, resolvieron dar un tanto á una de las partes! Los abogados no se entendían, llamaron al juez; esperaba impaciente el encargado del tanteador, corrió éste, y tras de él todos los ojos. ¡Sonó el timbre.... para Eibar! ¡Qué bronca, cielo santo! Silbidos, gritos, patadas, aplausos, un remolino de voces, «¡fuera!; ¡falta!; ¡bravo!» El Chiquito miraba sin sacar.

No es el público de las corridas de toros, que saborea un quite, paladea una estocada y se estremece con júbilo de la sangre ante un buen puyazo; allí no hay fracciones que luchan, no se apasionan por el toro unos y otros por el matador; es una lucha impersonal. Aquí es el pueblo de las guerras de bandería, amasado con carne de batalla, arrullado por el fragor del combate. El dinero anda de por medio sazizando la pasión.

Hay marduristas y eliceguistas esclavos de su sangre y su temperamento, los que siguen á la fuerza de la astucia, al cálculo y la rapidez, y los que adoran y creen en la fuerza franca y sólida, abierta y sin dobleces. Dice el cartel Mardura, y le pluralizan llamándole Marduras. Chiquitistas, apenas los hay, y lo son todos; se admira al eibarrés como á Homero sin haberle leído, de oídas y como de cajón; unos hablan de sus buenos tiempos, otros le creen en sus mejores; dicen aquéllos que ha bajado, éstos que el suelo ha subido; tiene ya su leyenda.—«¡Cállate, bocota, cállate! Elésegui dar y dar na más.—¡Nos ha chafao! Y Marduras... más susio que no sé qué....—Susio ó no susio, él te gana.... Y el otro, ¿qué? La cuestión es ganar.—¡No, señor! ¡La cuestión es jugar limpio!» La sustancia es la misma siempre; varía la salsa. Elicegui y Mardura son dos símbolos, banderas.

En alguna parte del público se notaba animosidad contra los azpeitianos; la inquina del español hacia el que ha subido pronto, no puede resistir al deseo de tirarle de una pierna. Siempre los azpeitianos; los azpeitianos por arriba, los azpeitianos por abajo, ¡qué caramba!, acaba por aburrir á un buen español.

(S. con inua d.)

## ADVERTENCIAS.

1.<sup>a</sup> Se suplica á los señores suscriptores que estén en descubierto con esta Administración, satisfagan pronto el abono, por ser así necesario para la buena administración.

2.<sup>a</sup> Los señores que deseen suscribirse desde el 1.<sup>o</sup> del corriente, podrán hacerlo en las oficinas del periódico, Plaza de la Independencia, 8, tercero derecha, de diez á doce de la mañana, advirtiéndoles que recibirán gratis los trece números publicados.

3.<sup>a</sup> Para los no suscriptores, se venden en esta administración colecciones de los números publicados que contienen los retratos siguientes:

Chiquito de Abando.  
Muchacho.  
Cosme Echeverría.  
Beloqui.

Isidro Brau y El Chiquito de Abando.  
Tandilero.

Irún.

Barriola y Egües.

Plano de Fachada del Nuevo Beti-Jai de Madrid.

Elicegui.

Samperio.

Gamborena.

Zurdo de Villabona.

El precio de cada colección es de 50 céntimos de peseta.

4.<sup>a</sup> Advertimos á los señores anunciantes, que desde el número presente insertaremos todos los anuncios que se nos remitan á precios módicos y convencionales.

## Nuevo certamen de EL PELOTARI.

Las definiciones premiadas son las siguientes:

### Primer premio.

V.

Momio: la carnaza que los pescadores de dinero ponen en sus anzuelos para coger á los peces recelosos. Sucede que muchas veces éstos dan tal tirón, que el pescador cae al mar y se lo engullen.

PEPITO II.

### Segundo.

III.

Momio es el agio, la ventaja que estimula á jugar, comúnmente en los partidos de pelota: es un eficaz aliciente que, sacudiendo la pereza de los refractarios al juego, les incita á

cruzar una ó varias traviesas, las cuales, por regla general, se vociferan incesantemente por los corredores; es el más fuerte de los excitantes para tomar parte en la lucha monetaria de las canchas; es, en fin, el momio, el constante aguijón de los agiotistas, que, basados en cálculos no siempre afortunados, andan á caza de *económicos*, cuyos planes resultan casi siempre, por lo cándidos, frustrados y *caros*.

GASPAR.

### Tercero.

II.

Los catedráticos proponen y los pelotaris disponen. De aquí que muchas veces se quedan aquéllos con un palmo de narices; y ganan los momistas, ó sean los que con menos postura levantan otra mayor.

D. L. VARGAS.

## PEDIR EN TODO EL MUNDO LAS AGUAS DE CARABAÑA

### EL JUEGO DE PELOTA

Libro indispensable á todos los aficionados.

#### CONTIENE

Reglas para hacer apuestas con probabilidades de ganar.  
Apuestas mutuas.  
Conocimientos útiles á todos los aficionados.  
Semblanzas de todos los pelotaris.  
Bases y tablas para los prorratesos.

De venta en los frontones, en las librerías y en casa del autor, *Ballesta, 7, bajo*, á **2 pesetas**.

Se remiten por correo sin aumento de precio.

### ACADEMIA VELOCIPÉDICA

Paseo de las Delicias, 32.



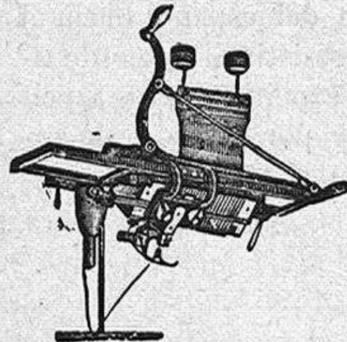
LECCIONES

todos los días  
de sol á sol.

DEPÓSITO DE VELOCÍPEDOS  
de las MEJORES MARCAS INGLESA.

Arenal, 15, SANTOS HERMANOS.

## BENABENT Y ARNAU



Máquinas para hacer toda clase de género de punto, como camisetitas, calzoncillos, cubre-corsés, refajos, chalecos de Bayona y otras varias piezas, y medias y calcetines sin costura, desde 275 pesetas en adelante.

Trabajo asegurado al comprador por un año. Enseñanza completa y gratuita en esta casa. Preciados, 50, Madrid, y San Vicente, 122, Valencia.

No se desconfíe de la **CURACION**, por antiguo que sea el padecimiento, de las enfermedades **NERVIOSAS** tenidas por incurables, con las Pastillas Antiepilepticas de **OCHOA** (farmacéutico), cuyos prodigiosos resultados son la admiracion de enfermos que padecian

LA

**EPILEPSIA O ACCIDENTES NERVIOSOS**  
vulgo MAL DE CORAZON Alferencia y mal de SAN PAU en Cataluña

20 y  
30 años.

Para más detalles,

se dan prospectos GRATIS. Du-

que de Alba, 15, MADRID. De

venta en las principales farmacias de España, Isla de Cuba, Puerto-Rico, Méjico, Canarias y Filipinas.

## EL PELOTARI

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

SE PUBLICA LOS JUEVES

En esta revista (única en su clase y que, como el público tendrá ocasión de observar, está hecha á la altura de las mejores publicaciones modernas) colaborarán los más afamados escritores que existen en España, y contendrá fotografados y dibujos de artistas de reconocido mérito. Los precios de suscripción serán:

MADRID: Trimestre, 1,50 pesetas; semestre, 3; año, 6.—PROVINCIAS: Trimestre, 2 pesetas; semestre, 4; año, 8.

EXTRANJERO Y ULTRAMAR: Semestre, 8 pesetas; año, 15.

Veinticinco ejemplares, 1,50 pesetas.—Número suelto, 10 céntimos.—Ídem atrasado, 25 íd.

Los pagos, adelantados, en sellos de Correos, libranzas del Giro Mutuo ó letras de fácil cobro.—Las suscripciones comenzarán con el primer número de cada mes.—Se admiten suscripciones, Carmen, 12, Agencia de periódicos del Reino y del extranjero.—Agente para la venta de EL PELOTARI en Madrid, D. Remigio Quevedo, calle de la Abada, 23, tienda Despacho central de *La Gran Vía*.

Anuncios á precios convencionales.

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Plaza de la Independencia, 8, tercero derecha, de diez á doce.

MADRID: 1894.—EST. TIP. «SUCESORES DE RIVADENEYRA», PASEO DE SAN VICENTE, 20.